

El Hombre en la gloria

Hechos 7:54-60

Hamilton SMITH

biblicom.org

La impactante escena descrita en los últimos versículos del capítulo 7 de los Hechos nos hace comprender de manera sorprendente la gran verdad de que Cristo está ahora en la gloria como Hijo del hombre. Esto no significa que deje de ser Dios, sino que, habiéndose hecho hombre, asciende a la gloria como Hijo del hombre.

Los 7 primeros capítulos de los Hechos nos presentan dos grandes acontecimientos: primero, la ascensión de Cristo; segundo, el descenso del Espíritu Santo. Estos dos acontecimientos distinguen el período actual de todas las demás dispensaciones, pasadas o futuras. Todos los grandes acontecimientos que nos son presentados en los Hechos –el establecimiento del cristianismo, la formación de la Iglesia, la proclamación del Evangelio y la preservación de los creyentes– dependen de estos dos hechos. Sin embargo, curiosamente, en la cristiandad, estos dos poderosos acontecimientos se descuidan en gran medida, y su importancia se olvida casi por completo.

Todos los cristianos evangélicos dan gran importancia a la cruz como el fundamento justo de todas nuestras bendiciones. Los creyentes también esperan con razón la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo, mediante la cual los redimidos serán llevados a la plenitud de la bendición. Pero los dos hechos intermedios –la existencia de un Hombre en la gloria y de una Persona divina en la tierra– son poco apreciados.

Sin embargo, nunca se insistirá lo suficiente en la importancia de estos dos hechos. Porque si la cruz cierra nuestro pasado y la venida de Cristo abre nuestro futuro, estos dos grandes hechos aseguran nuestra bendición presente. Esto queda claro cuando recordamos que la Iglesia está formada por creyentes unidos a Cristo, la Cabeza en el cielo, por el Espíritu Santo en la tierra. Perder de vista estos dos hechos es perder la gran verdad del misterio de la Iglesia. Esto es, por desgracia, lo que ha sucedido, con el resultado de que la confusión se ha deslizado en el cristianismo, y los creyentes se han formado en sociedades bajo una cabeza designada por el hombre. El resultado fue que el Cuerpo único formado por el Espíritu Santo fue prácticamente ignorado, la Iglesia fue arruinada exteriormente y los hijos de Dios se dispersaron y dividieron.

Los 2 primeros capítulos de los Hechos nos presentan estos dos grandes acontecimientos. El primer capítulo se abre con la presentación del Señor resucitado en medio de sus discípulos. En sus últimas palabras, les dice que vendrá el Espíritu Santo y que recibirán poder después de su venida. Luego leemos: «Dicho esto, fue elevado viéndolo ellos; y una nube lo recibió y lo ocultó a su vista» (Hec. 1:9). Los ángeles se refieren a él inmediatamente como «Jesús, que ha sido tomado de voso-

tros al cielo» (v. 11). A continuación, al comienzo del capítulo 2, tenemos el relato del segundo gran acontecimiento: la venida del Espíritu Santo. En [Hechos 1](#), Jesús asciende al cielo como hombre; en [Hechos 2](#), el Espíritu Santo desciende a la tierra como persona divina.

Pasando a [Hechos 7](#), vemos el efecto práctico de estas dos grandes verdades en un creyente en la tierra. En este sorprendente capítulo tenemos el discurso de Esteban ante el concilio judío. Comienza su testimonio afirmando que «el Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham». Su testimonio termina con esta declaración: «Mirad, veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios» (v. 2, 56).

Era maravilloso que el Dios de gloria apareciera a un hombre en la tierra; era aún más maravilloso que un Hombre apareciera en la gloria de Dios en el cielo. Y, sin embargo, estos dos hechos están estrechamente relacionados. El primero nos da el llamado de Dios, el segundo el propósito de Dios para el cual somos llamados.

¿Qué quiere decir Esteban cuando habla del «Dios de gloria»? ¿Qué quiere decir con «gloria»? En las Escrituras, la «gloria» es siempre lo que hace especial a una persona. Mirando este mundo, vemos por todas partes la gloria del hombre, o lo que muestra al hombre. Pero hay otro mundo, un mundo mejor y más luminoso, donde todo habla de la gloria de Dios, donde Dios se muestra, un mundo lleno de amor, de vida y de santidad, un mundo en el que no puede entrar nada que contamine y donde no hay sombra de muerte. Ahora bien, el Dios de esta escena –el Dios de gloria– apareció a Abraham y lo llamó a salir de este mundo presente de pecado, dolor y muerte. El propósito por el que Dios le llamó queda claro al final del capítulo, cuando Esteban mira a través de los cielos abiertos y ve a un hombre en la gloria de Dios. Si Dios llama a un hombre fuera de este mundo, es con el bendito propósito de tener a ese hombre en la gloria con Cristo y como Cristo.

Este llamado y propósito es cierto, no solo para Abraham y Esteban, sino para cada creyente de hoy –jóvenes y mayores por igual. En [Romanos 8:28](#), estas dos verdades, «llamado» y «propósito», se encuentran juntas, pues se dice que somos «llamados según su propósito». En [2 Timoteo 1:9](#), estas dos verdades se unen de nuevo, pues leemos que Dios «nos salvó y nos llamó con santo llamamiento, no según nuestras obras, sino según su propio propósito y gracia». Luego, en [2 Tesalonicenses 2:14](#), el apóstol Pablo informa definitivamente a los creyentes de que son llamados «mediante nuestro evangelio, para obtener la gloria de nuestro Señor Jesucristo». Se nos permite contemplar esta escena de gloria, pues leemos de Esteban que «miraba

fijamente al cielo y vio la gloria de Dios». Vio una escena llena de todo lo que habla de Dios: amor, vida y luz. Pero vio más: en medio de esta escena vio a un Hombre –**Jesús**– y exclama: «Mirad, veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios».

Lo que vio Esteban, lo podemos ver todavía nosotros por la fe: porque el Hombre que ha vuelto a la gloria –a quien se le han abierto las puertas eternas para dejar entrar al Rey de gloria– ha dejado los cielos abiertos detrás de él, de modo que los cristianos de la tierra pueden por la fe mirar hacia arriba y decir, en palabras del apóstol: «Vemos... a Jesús coronado de gloria y honra» (Hebr. 2:9).

*¡Oh, la vista del cielo es gloriosa!
El hombre en justicia está allí;
Una vez víctima, ahora victorioso
Jesús vive en la gloria.*

Observen ahora el efecto práctico de estas dos grandes verdades –que hay un Hombre en la gloria y una Persona Divina que mora en el creyente en la tierra– tal como se expone en la historia de Esteban. Recordemos las circunstancias en que se encontraba Esteban. Fue hecho prisionero y llevado ante el Concilio; presentaron falsos testigos contra él, y se le acusó inicualemente de blasfemia. Dio un testimonio fiel, por lo que sus adversarios quedaron acongojados y crujieron los dientes contra él. Ante esta dura prueba, ¿cómo actúa? Sus enemigos le atacan, pero ¿les ataca él? Le injurian, ¿les injuria él? Sufre, pero, ¿los amenaza? No hace ninguna de esas cosas que son tan naturales a la carne. ¿Qué hace entonces? Ante las falsas acusaciones, la malicia y la violencia, en lugar de dirigirse a sus enemigos, se dirige inmediatamente al Señor en la gloria. Notemos, pues, las cuatro cosas que tienen lugar en esta hermosa escena que describe al creyente en la tierra en presencia de la prueba.

En primer lugar, «lleno del Espíritu Santo», Esteban «miraba... al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús». El Espíritu Santo no vino a exaltar al creyente ante los demás, ni a hacerlo prosperar en este mundo, ni a instalarlo en la comodidad y la facilidad, a salvo de todas las pruebas. Él vino para exaltar a Cristo, para volver nuestros pensamientos de la tierra al cielo, y de los hombres en su maldad a Cristo y su gloria, para ocupar nuestros pensamientos y afectos con Cristo. El resultado de estar lleno del Espíritu Santo será, por lo tanto, hacer que un hombre en la tierra mire al Hombre en el cielo. Así, Cristo en gloria se convierte en el objeto de los afectos del creyente y su recurso infalible en toda prueba.

En segundo lugar, el resultado de que un hombre en la tierra mire al Hombre en la gloria es que el hombre en la tierra es sostenido por el Hombre en la gloria. En medio de las circunstancias más terribles, Esteban no es, en este caso, liberado de la prueba, es sostenido en ella. Rodeado por una turba furiosa, con piedras cayendo sobre él, es tan bien sostenido que ninguna palabra de ira o reproche escapa de sus labios; y en la misma presencia de la muerte su espíritu se mantiene en perfecta calma.

En tercer lugar, al ser sostenido por el Hombre en la gloria, el hombre en la tierra se convierte en un verdadero representante del Hombre en la gloria. Así Esteban, habiendo mirado a Cristo, es sostenido por Cristo y se hace semejante a Cristo. Ora por sus enemigos, como el Señor, soportando sufrimientos aún mayores, pudo orar por sus enemigos, diciendo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34). Enfrentándose aún a la muerte, Esteban entregó serenamente su espíritu al Señor, recordando las propias palabras del Señor: «¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!» (Lucas 23:46).

En cuarto lugar, tras haber sido testigo de una buena confesión y haber completado su carrera, Esteban se duerme y va a reunirse con Cristo en la gloria.

Recordemos que las experiencias de Esteban no son apostólicas. Son posibles para cualquier creyente durante el período cristiano. Puede que no estemos llamados, como Esteban, a pasar por la muerte de un mártir; sin embargo, de diferentes formas y en diversos grados, todos nos enfrentamos a la prueba y a la oposición. Podemos ser llamados a encontrarnos con la envidia, la malicia, los insultos y las provocaciones, incluso de los hijos de Dios; pero cualquiera que sea la forma de la prueba, surge para cada uno de nosotros la pregunta: “¿Cómo actuaré en presencia de la prueba?” Podemos, por desgracia, actuar según la carne, y con demasiada frecuencia lo hacemos, con el resultado de que devolvemos mal por mal, y resentimiento por resentimiento, para nuestra vergüenza y pérdida. Pero hay otra manera, y una mejor; podemos actuar en el Espíritu según el modelo de Esteban. Actuar de esta manera, no importa cuál sea la prueba:

- Inmediatamente miraremos a Cristo en la gloria, para encontrarle allí.
- Entonces estamos sostenidos por Cristo en la gloria, y así,
- Nos convertimos en representantes de Cristo en la gloria, hasta que estemos arrebatados para estar con él.

Así, en esta hermosa escena, hemos expuesto todas las características notables de

la presente dispensación:

1. Se ve a Cristo como el Hombre en la gloria que sostiene a sus santos probados en la tierra y los recibe en el cielo cuando se duermen.
2. El Espíritu Santo es visto como una persona divina en la tierra, llenando a los creyentes y guiándolos a mirar firmemente a Cristo en el cielo.
3. El creyente es visto lleno del Espíritu, extrayendo todos sus recursos del Hombre en la gloria, y, al hacerlo, siendo transformado a semejanza de Cristo, de gloria en gloria, de modo que el Hombre en la gloria es representado en el hombre en la tierra.
4. El mundo, despojado de toda su gloria, es visto en su verdadero carácter de rechazo de Cristo, de resistencia al Espíritu y de persecución del creyente.
5. El cielo aparece abierto para revelarnos a Cristo en la gloria y para recibir a los espíritus de los santos mientras duermen.